

con él. Este joven se llamaba Miguel, era natural de Paflagonia y hermano de un monje eunuco llamado Juan, encargado antes por el difunto emperador Romano III de la dirección de beneficencia y de todos los legados piadosos. Esta elevación súbita de un joven de posición tan humilde dió lugar á que corriesen en la capital y en la corte gran número de historias escandalosas sobre la emperatriz, no obstante ser ya entrada en años. Se decía que para contentar á esta mujer el monje Juan había dado un veneno lento á Romano, su bienhechor; pero en aquella corte, así como eran cosa corriente y comun los crímenes misteriosos y las mas bajas é infames intrigas, lo eran también las calumnias mas inicuas y las suposiciones mas indignas.

El nuevo emperador que fué proclamado bajo el nombre de Miguel IV era hombre inteligente, poseído de buenos deseos y recto. Se mantuvo en el trono de los Basilio sin dificultad no obstante todos los rumores y burlas secretas de la clase aristocrática con motivo de su historia anterior, y á pesar de sus ataques epilépticos que de cuando en cuando le hacían padecer mucho y que el pueblo miraba como un castigo del cielo por las iniquidades que habían precedido y dado facilidad á su repentina subida al trono. Su reinado habría podido ser provechosísimo para el país, si no hubiese elevado al cargo de primer ministro y presidente del consejo de Estado á su hermano el ya mencionado monje Juan. Era este monje á la verdad un excelente jefe de administración, activo y hábil como pocos, pero despótico y esquilador, inexorable, tratándose del interés del tesoro, abrumó al pueblo con el peso y el rigor de los impuestos aumentándolos á su capricho. Añadióse á este mal el que resultó de las extralimitaciones del personal de hacienda, hasta que tanta dureza hizo estallar desórdenes en muchos puntos, especialmente en Siria. El rigor sanguinario con que fueron sofocados estos desórdenes dió á su vez lugar á la sublevación formidable de los búlgaros, que referiremos mas adelante.

Mientras el ministro estrujaba así al pueblo, el emperador, siguiendo el ejemplo de su predecesor Romano, colmaba al clero con mano pródiga de incesantes regalos y donaciones.

El altivo ministro, prudente, receloso y precavido, confió todos los puestos importantes y de confianza en el consejo de Estado y en general en toda la administración, á miembros de su familia y á sus parciales, teniendo la suerte de contar principalmente entre los primeros personas muy á propósito y perfectamente idóneas, como su hermano Constantino, también eunuco, á quien nombró jefe de los domésticos ó general de la guardia imperial, y Estéban, esposo de su hermana María, constructor naval, que recibió el mando de la fuerza marítima, y mas adelante otro mando principal en la isla de Sicilia. El hijo de su cuñado Estéban, su sobrino Miguel, fué elevado al cargo importante y de gran porvenir de César, al cual añadieron los nobles bizantinos postergados y disgustados, el sobrenombre de Calafate, aludiendo al oficio de su padre antes de recibir el mando de la escuadra. La corte de la emperatriz Zoa se parecía á las de los cuentos de las Mil y una noches por la multitud de altos funcionarios sacados de la clase humilde del pueblo; pero por grandes que fuesen el furor y la envidia de los aristócratas, la vigilancia y energía del ministro Juan y de sus parientes hicieron abortar todos los conatos de conspiraciones y de sublevación, especialmente entre las tropas asiáticas, que los descontentos no se cansaron en provocar. Por lo demás nunca pudo adquirir el cariño del pueblo el emperador Miguel IV, cuyo reinado fué señalado por toda clase de calamidades, como epidemias, granizos, terremotos y hasta lluvias de aerolitos, fenómenos que el pueblo atribuyó, lo mismo que la pesada carga de los impuestos, á una maldición del

cielo. Esta antipatía persiguió al emperador hasta su muerte que ocurrió el 10 de diciembre de 1041 en el convento de San Anargiro, á donde se había retirado achacosos y quebrantado, despues de haber desplegado una energía sorprendente, no obstante su estado hidrópico gravísimo, en una nueva guerra contra los búlgaros.

La emperatriz, viuda por segunda vez, no se sintió capaz de resistir sola el peso del gobierno, y conociendo además la arraigada aversión de los bizantinos á todo gobierno femenino, resolvió elevar á co-emperador á su hijo adoptivo el sobrino de su difunto esposo y del ministro Juan, el César Miguel apodado el Calafate, joven de grandes dotes y de mucha energía, pero por lo demás de un carácter que jamás había gustado á su tío, el emperador difunto Miguel IV.

Fué proclamado pues el César con el nombre de Miguel V, pero la emperatriz viuda, su bienhechora, no tuvo motivo de felicitarse de su elección, porque el nuevo emperador, en lugar de librarla, segun se lo había prometido, del peso, insostenible ya, de la audaz tiranía y del poder que se habían arrogado el ministro Juan y algunos parientes suyos, les colmó de toda clase de distinciones; depositó su mayor confianza en su tío Constantino, hermano del ministro, y elevado á la categoría de Nobilísimo, y finalmente coronó su ingratitud obligando á la anciana emperatriz á retirarse en 18 de abril de 1042 á un convento situado en la bellísima isla del Príncipe en el mar de Mármara.

Esta medida fué su perdición, porque apenas hubo comunicado el suceso por medio de una proclama, el pueblo de la capital se indignó hasta tal grado de la negra ingratitud de un hombre que de baja estofa se había encumbrado al puesto mas elevado del país, que en un instante se sublevó la población entera y quedó desde luego vencedora. Los ciudadanos mas influyentes se reunieron en la basílica de Santa Sofía, mandaron sacar á la princesa Teodora del convento de Petron y la proclamaron co-emperatriz con su hermana Zoa y el título imperial de *augusta*. Miguel V, aterrizado, se dió prisa á volver á sacar á la emperatriz Zoa de su reclusión, á reinstalarla en el palacio imperial y á enseñarla desde un balcón junto al hipódromo al pueblo; pero era demasiado tarde. A la vista del ingrato se aumentó el furor del pueblo, el cual al día siguiente tomó el palacio por asalto á pesar de la heroica resistencia de la tropa mandada por el *nobilísimo* Constantino y el general Catacolon. Constantino y el emperador huyeron y se encerraron en el convento de Studion; las masas excitadas saquearon el palacio y aclamaron la resolución del senado declarando á la princesa Teodora co-emperatriz con su hermana la emperatriz Zoa y condenando á Miguel V y á su tío Constantino á perder la vista y hacerse frailes del convento de Elegmos. En esta corta revolución habían perdido la vida 3,000 personas.

El reinado de Miguel V, emperador por la gracia de la emperatriz Zoa, había durado solamente 4 meses y 5 días.

El 21 de abril de 1042 empezó el gobierno de las dos emperatrices, y al principio marchó bien. Se publicaron disposiciones para impedir la venta de los empleos y las exacciones de los empleados de hacienda, dos plagas que habían adquirido una extensión escandalosa en tiempo de los ministros eunucos que habían gobernado el imperio desde la muerte de Basilio II. Sin embargo, en lo relativo á la restitución de los fondos, defraudados por muchos funcionarios, en particular por Constantino, el Nobilísimo, que se había apropiado sumas inmensas en los últimos cuatro meses, no se obtuvo sino un resultado muy insignificante.

No tardó en destruir la buena armonía y marcha del gobierno la anciana emperatriz Zoa con los celos suspicaces que despertó en ella el mayor talento gubernativo de su her-

mana Teodora; y temiendo que esta la suplantara del todo, quiso contraer nuevas nupcias, á pesar de sus 62 años, para poner en lugar de su hermana á su nuevo esposo. Acordóse de un pariente llamado Constantino Monomaco, antiguo adorador suyo, á quien su esposo Miguel IV, movido por los celos, había desterrado á la isla de Lesbos, pero que por las dos co-emperatrices despues de la muerte de Miguel IV y del destronamiento de Miguel V, había sido nombrado jefe superior del tema (distrito militar) de la Hélide. Envióle un buque velero que le llevó al Cuerno de Oro, y en 11 de junio de 1042 se hizo el casamiento que manchó el trono con una nueva ignominia y dió al país un mal gobernante.

Este Constantino, en la lista de los emperadores el noveno de este nombre, era también viudo de segundas nupcias cuando fué llamado por la emperatriz, pero tenía en su compañía una viuda joven y bella llamada Scleraina, por ser de la familia de los Scleros, biznieta del anciano general Bardas Scleros, é hija del cuñado del emperador Romano III. Introdujo Constantino á esta mujer en palacio, sin que la anciana emperatriz se opusiera á ello, y gracias á esta condescendencia y al carácter pacífico de la joven viuda, aquel hecho escandaloso no produjo ningun conflicto en el interior del palacio; pero el pueblo no tardó en indignarse cuando vió que el emperador, ya por sí derrochador desenfrenado, gastaba los tesoros del imperio casi únicamente con su bella manceba.

Sin embargo, Constantino IX no era tan loco que lo olvidara todo por una mujer. Como muchos de sus predecesores tenía una gran afición á levantar edificios destinados á fines piadosos, ya por religiosidad verdadera, ya en expiación de sus pecados, como era usual en toda la Edad media. Sus buenas relaciones con los califas de la dinastía fatimita le permitieron llevar á buen fin la reconstrucción de la iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalem. También invirtió como algunos de sus predecesores grandes sumas en hermosear la basílica de Santa Sofía y dotarla de nuevos recursos para mayor lustre del culto; edificó además muchas otras iglesias y conventos, y lo que mas honra su memoria, fundó asilos para ciudadanos ancianos y hospitales para pobres. Tampoco se olvidó de las ciencias, y segun recientes investigaciones lo demuestran, confió la dirección de una academia ó facultad de derecho romano en Constantinopla al erudito Juan Xifilino de Trebisonda, que despues fué, desde 1066 hasta 1075, patriarca de la capital. También mantuvo Constantino IX Monomaco relaciones personales é íntimas con Miguel Constantino Pselos, el literato mas universal y mas laborioso de aquel tiempo en Constantinopla. De este literato, que entonces empezó su carrera política, hablaremos mas detenidamente al tratar del tiempo de la emperatriz Eudoxia Macrembolitisa.

La desgracia fué que Constantino IX no pudo compensar sus despilfarros, que le obligaban á adoptar duras medidas económicas, ni con grandes hazañas militares ni diplomáticas ni con grandes reformas, porque no era talento militar ni tenía grandes dotes para la política, como habrían sido menester para un emperador autócrata en una época en que la posición del imperio bizantino con relación á otros pueblos se iba haciendo difícil. A todo esto se agregaba que si en los reinados de Miguel IV y Miguel V no faltaron motivos para sublevaciones peligrosas, mayor descontento reinaba en el de Constantino IX, que tenía además contra sí las circunstancias singulares y extemporáneas de su subida al trono. Si estas sublevaciones que contra su gobierno organizaron magnates descontentos en diferentes partes del imperio todavía bastante dilatado, no dieron en ningun caso el resultado que esperaban sus autores, no se debió á ninguna disposición

hábil del emperador, ni mucho menos á una popularidad que no tenía, sino únicamente á la organización sólida, á la consiguiente resistencia del cuerpo político bizantino, y á la aversión de los pueblos que lo componían á tomar parte por ambiciosos audaces en aventuras arriesgadas y en guerras civiles que casi siempre habían causado inmensos desastres á los habitantes de las ciudades y del campo. Así se estrelló la insurrección de Teófilo Erótico, gobernador general de Chipre, cuando la caída de Miguel V, únicamente en la indiferencia glacial de la provincia, que le dejó inerme en frente de las tropas que envió contra él Constantino IX. Otra sublevación mucho mas peligrosa fué la del célebre general Maniaces en la Italia meridional en el año 1042, á consecuencia de una cuestión personal entre él y Romano Scleros, hermano de Scleraina, la manceba del emperador. Este Maniaces, del cual hablaremos todavía, desembarcó con la tropa que le había proclamado emperador en febrero de 1043 en Dirraquio, y avanzó resueltamente hasta la Macedonia, donde murió de un flechazo en una acción cerca de Ostrova al Noroeste de Beroe. El general que mandaba las tropas imperiales, un eunuco llamado Estéban, se atribuyó esta victoria, debida en realidad á un soldado desconocido; y como el emperador no le recompensara á su satisfacción, conspiró contra él á favor de Leon, gobernador de Melitene; pero uno y otro cayeron en poder de Constantino que hizo sacar los ojos á Leon y encerrar al eunuco Estéban en un convento. En 1047 rebelóse el general Leon Tornicio, pariente del emperador, para librarse de la persecución de este que tenía de él sospechas. El nuevo pretendiente marchó con sus partidarios desde Adrianópolis á Constantinopla; pero allí cayó prisionero y fué privado de la vista, segun la antigua é infame práctica bizantina.

Los ambiciosos que quedaron se gastaron en intrigas de camarilla, que el emperador dominó sin gran trabajo; ni ocurrió ya ninguna conspiración ni revolución de importancia mientras reinó la dinastía de los Basilio. Solo despues estalló una, debida á los esfuerzos unidos de la alta aristocracia.

Muerta la emperatriz Zoa á la edad de setenta años en 1050, reinó Constantino IX todavía cuatro años sin cambiar de sistema. Cuando en 1054 sintió que se aproximaba su fin hizo llevar al monasterio Mangana, fundado por él, para exhalar allí su último suspiro; pero antes, siguiendo el consejo de sus ministros, hizo otra tentativa para eliminar del trono á la princesa Teodora, su cuñada, y nombró sucesor suyo al general Nicéforo Brienio que mandaba las tropas de Macedonia. La princesa Teodora que á pesar de su avanzada edad conservaba toda su robustez y energía, no esperó el último momento, sino que se entendió en vida de su intrigante cuñado con el senado del imperio y con la guardia imperial, y cuando Constantino murió fué aclamada emperatriz en medio del júbilo general.

Sentada ya en el trono Teodora, último vástago de la dinastía macedonia, mostróse sobrina digna de su tío, el domador férreo de los búlgaros. No era la benignidad su virtud especial, como lo había ya demostrado despues de la caída de Miguel V, haciendo sacar los ojos á su antiguo enemigo, el ex-ministro Juan, no obstante estar ya desterrado en Maricato. Apenas proclamada emperatriz, el ministro de Constantino, su predecesor, quiso poner en su lugar á Brienio, nombrado sucesor por Constantino, pero fué tarde; la tentativa no tuvo éxito, y la emperatriz desterró al ministro y al general y confiscó sus bienes.

En el gobierno del imperio mostró Teodora una energía, actividad y penetración enteramente varoniles, y en lo poco que le quedó de vida y de gobierno, adquirió la fama y la

gloria de haber dirigido los destinos del país con tanto talento y acierto como feliz éxito. En la administración siguió el sistema de los últimos emperadores de la familia de los Basilio, de confiar todos los puestos de confianza y de responsabilidad á eunucos, por no fiarse de los individuos pertenecientes á la aristocracia, desconfianza que se había transformado ya en sistema desde Constantino VII y Basilio II, y que indujo también á Teodora á dar á un eunuco el mando del ejército reunido en la frontera oriental del imperio para rechazar los ataques de los turcos seldyúcidas. Mandaba este ejército el poderoso é influyente general Isaac Comneno, y su destitución tuvo consecuencias inesperadas, apenas hubo muerto la emperatriz, que falleció en 30 de agosto de 1056 á la edad de 76 años, sucediéndola en el trono el anciano general y senador Miguel VI Estraciotico, á quien ella misma había nombrado sucesor suyo pocas horas antes de morir.

La extraordinaria variedad de razas que componían la población de Constantinopla y que daba también á la corte una fisonomía abigarrada, se aumentó extraordinariamente con la importación, cada año mas numerosa, de esclavos de ambos sexos de todos los países del mundo entonces conocido, y mucho mas cuando los últimos emperadores de la dinastía de los Basilio formaron definitivamente una legión germánica en mayor escala y mejor organizada que las que tan gran papel habían desempeñado en tiempo de los antiguos emperadores romanos. Los individuos de este cuerpo se llamaban varangos. La guardia imperial bizantina se había formado hasta mediados del siglo vi preferentemente con guerreros germánicos de todas las tribus y pueblos de esta raza que entraron en contacto con el imperio de Oriente en sus fronteras septentrionales como pueblos confederados. Después fueron admitidos en las legiones extranjeras guerreros de otras razas y pueblos del Norte, pero desde fines del siglo ix y durante el siglo siguiente volvió á prevalecer en estos cuerpos el elemento germánico y en particular el del Norte de Europa, continuando así hasta el fin del imperio. Era este uno de los resultados de los grandes movimientos que realizaron entonces los pueblos germánicos del Norte de Europa, y principalmente las bandas dinamarquesas y normandas que recorrieron los mares y llegaron á países muy distantes del suyo. Los rusos y escandinavos que ya hemos mencionado, acudieron cada año en mayor número para servir á sueldo en el ejército bizantino, no ya solamente en una ó varias campañas, sino permanentemente en la guardia imperial, sobre todo desde que el gran duque Vladimiro, que reinó sobre los rusos verdaderos desde el año 981 hasta el 1015, procuró desembarazarse de los guerreros escandinavos, facilitando su emigración. Dirigiéronse estos á Constantinopla, donde al propio tiempo acudieron también dinamarqueses y normandos en gran número, arrojados de su país, sobre todo en el siglo ix, por el hambre, las guerras interiores, el aliciente de saqueo y de botín, y el afán de aventuras en países mas fértiles, mas civilizados y mas ricos que el suyo. Muchos abandonaron sus costas inhospitalarias para huir de Harald I llamado el *de la hermosa cabellera* y de sus sucesores que sometieron á fuego y sangre toda la Noruega. La historia de Occidente nos dice los horrores que aquellos pueblos bárbaros cometieron en los países del Noroeste y del Oeste de Europa, y cómo se extendieron por las costas septentrionales de Francia y por las islas al Norte de Escocia, fundando colonias en todos estos países y hasta en Islandia. Los historiadores bizantinos hablan del gran número de estos agrestes guerreros, que acudieron á Constantinopla atraídos por el oro, las mujeres hermosas y las armas magníficas, la vida activa del batallador incansable y emociones de toda especie.

A mediados del siglo x prevaleció ya decididamente el elemento escandinavo germánico en las tropas que guarnecían la capital del imperio. Estos guerreros se llamaban *varangos ó varagos* ó en normando escandinavo *varingjar*, y componían la guardia de palacio, mandada por jefes griegos, y que gozaba de importantes privilegios en recompensa de su valor y para excitar mas su fidelidad. El nombre de varangos se aplicaba también á otros cuerpos compuestos de soldados originarios del Norte, aunque no fuesen de raza germánica, y á contar del tiempo del emperador Constantino Monomaco se extendió este nombre regularmente á todos los guerreros septentrionales sin distinción de razas. A principios del siglo xi se les concedió el derecho de ser mandados por oficiales sacados de sus filas; y la historia del imperio hasta la conquista de la capital por los venecianos y caballeros franceses de la cuarta cruzada ofrece en sus páginas repetidos ejemplos de lo mucho que contribuyeron á sostener el honor de las armas bizantinas aquellos guerreros rubios, de ojos azules, color fresco y elevada estatura que manejaban con destreza y fuerza terrible su formidable hacha de dos filos, por cuya razón fueron empleados, sobre todo desde el tiempo del emperador Constantino VIII, lo mismo en las expediciones marítimas que en las terrestres. Las cualidades buenas y malas, así como muchas costumbres de estos bárbaros eran bien conocidas en el imperio, y aunque mirados con desprecio por su rusticidad, admirábase su fidelidad y se cuidaba de no excitar sus pasiones feroces. Respecto de sus costumbres, refiere el historiador Cedrenos el siguiente caso ocurrido en el reinado de Miguel IV: Estando una división de varangos acantonada en el gobierno militar de Tracesio, que comprendía distritos lidios y carios, quiso uno de estos guerreros deshonrar á una mujer del país, pero ésta le arrancó la espada y le hirió de muerte. ¡Cuál no fué la sorpresa de la gente cuando vieron que los compañeros del muerto, al saber lo ocurrido, ensalzaron el valor de la mujer y le entregaron como indemnización del disgusto y ultraje sufridos todo cuanto había pertenecido al agresor, á cuyo cadáver además no dieron sepultura!

No todos estos guerreros volvieron ricos á su país, después de concluir su tiempo de servicio, cosa cada vez mas difícil y rara, sobre todo cuando acudieron mas adelante guerreros de Bretaña para engancharse en el ejército bizantino. Muchos también quedaron en el territorio del imperio y se casaron, y algunos jefes hasta consiguieron emparentar por este camino con familias aristocráticas, según lo prueban muchos apellidos grecizados como el de Petralifas que deriva de Pedro de Aulps, normando de Francia, establecido en la Pulla bizantina.

En los siglos xi y xii fué cuando mas importancia adquirieron las tropas varangas, cuya procedencia variaba según las épocas y las circunstancias que hacían abandonar á estos bárbaros sus respectivos países. Primero prevaleció el elemento ruso escandinavo, originario principalmente de Holmgard, cuyo país llamaban también, quizás por esta razón, Grikland, es decir Grecia; después, en el primer tercio del siglo xi, acudieron masas de aventureros rudos desde la lejana isla de Islandia al Cuerno de Oro, donde llegaron poco á poco á constituir el elemento mas numeroso en la guardia. Allí se refugió entre tantos otros el islandés Gest Thorhallsson, perseguido por su enemigo mortal Thorstein Stirison. Otro compatriota suyo llamado Kolsegg se casó en Constantinopla y llegó á ser jefe de todos los varangos, en cuya plaza le sustituyó después el islandés Bolle Bolleson. El mas célebre de estos soldados normandos fué el gigante Harald III el Largo, llamado de la caballera metálica, hijo de Sigurd, que á la muerte de su hermano el rey Olao II el santo (1030) en la batalla de Stick-

lestad, donde él también salió herido, abandonó su país y anduvo con su amigo Haldor Snorreson corriendo tierras hasta tomar servicio en las filas de la guardia imperial de Constantinopla. Los dos amigos fueron primero á Rusia, después á la Calabria y finalmente llegaron á Constantinopla cuando la emperatriz Zoa estaba casada con Romano III, que los admitió entre los mercenarios varangos. Norberto, que así se llamó Harald para no dar á conocer su nombre y categoría verdaderos, ni que era cuñado de Yaroslao de Rusia, cualidad que acaso habría impedido su entrada al servicio de Constantinopla, adquirió pronto tanta nombradía por su fuerza extraordinaria entre los demás soldados mercenarios del Norte que la emperatriz le fué ascendiendo hasta nombrarle jefe de todos los varangos y de las secciones formadas por mercenarios de otros países europeos y asiáticos. Sirvió desde el año 1033 hasta 1043 con gran distinción, y de allí pasó otra vez á Rusia donde se casó con Isabel, hija de Yaroslao, y permaneció hasta la muerte de su sobrino Magnus que ocurrió en 1047. Entonces regresó á Noruega, su patria, donde fué proclamado rey. La poesía popular escandinava conserva todavía el recuerdo de las aventuras que este rey, el terror de los dinamarqueses, tuvo en su juventud, principalmente en Constantinopla, aventuras por supuesto aumentadas y embellecidas por los poetas.

Cuando después se establecieron normandos franceses en la Italia meridional, muchos de estos guerreros, descendientes latinizados de normandos escandinavos, se alistaron también en las filas bizantinas, y cuando los normandos capitaneados por Guillermo el Conquistador en la batalla de Hastings conquistaron la Inglaterra en la segunda mitad del siglo xi (14 de octubre de 1066), emigraron de este país cada año nuevas masas de anglo-sajones y dinamarqueses que no eran siervos de la gleba, y en el siglo xii también muchos habitantes de las islas propiamente dinamarquesas, para buscar aventuras y una nueva patria en regiones mas meridionales y mas ricas. Tan gran número de estos hombres robustos encontraron colocación en las filas de las legiones extranjeras al servicio del imperio bizantino, que fueron anglo-sajones y dinamarqueses los que principalmente pelearon contra los paladines de la cuarta cruzada.

De paso diremos aquí que 18 dias antes de la batalla de Hastings, que entregó la Inglaterra al duque de Normandía Guillermo y cambió totalmente y para siempre el modo de ser de aquel reino, murió de un flechazo de un arquero inglés el rey de Noruega Harald III que había servido en la guardia imperial de Constantinopla. Su muerte acaeció en una batalla sangrienta cerca de Stamfordbridge en Inglaterra, adonde había pasado con una escuadra para auxiliar á Tostig, hermano del rey anglo-sajon, contra el cual se había sublevado.

La fama de Constantinopla llevada por tantos guerreros que regresaron á sus países respectivos llegó hasta los últimos confines del Norte de Europa, asegurando así al imperio una aflicción no interrumpida entre aquellos pobres pero esforzados guerreros, aunque durante largo tiempo pudo prescindir el imperio de sus servicios, bastándole sus fuerzas propias y las tropas irregulares formadas por individuos de pueblos vecinos.

No fueron la insuficiencia ni el mal estado de su fuerza armada las causas que produjeron los reveses mas terribles al imperio, sino la mala elección de los jefes, como sucedió con el eunuco Espóndiles, á quien el emperador Constantino VIII había nombrado poco antes de su muerte gobernador general de Antioquía. Queriendo Espóndiles castigar á varios emires vecinos insolentes, sufrió una gran derrota en 31 de octubre de 1029, á consecuencia de la cual los emires

de Alepo y de Trípoli renovaron sus expediciones piráticas, llegando hasta apoderarse del castillo de Menac inmediato á Antioquía. Entonces solamente fué relevado Espóndiles y nombrado en su lugar Constantino Carantenos, cuñado del emperador Romano III. En 1030 emprendió Romano personalmente una campaña contra los árabes de Alepo, en la cual mostró su completa incapacidad militar; y sin que hubiesen ocurrido grandes combates salió descalabrado de una acción cerca de Azaz, y efectuó su retirada á Antioquía con grandes pérdidas.

En cambio el general Teoctistes consiguió poner al emir de Trípoli de parte de Constantinopla, lo cual le permitió recuperar el castillo de Menac.

Entonces el imperio tuvo la gran suerte de que el noruego Harald, de quien ya hemos hablado, sentara plaza en la legión extranjera, y por otra parte que Jorge Maniaces se revelara en las luchas en Asia como un talento militar extraordinario. Era este célebre capitán descendiente de una familia aristocrática y opulenta del Asia Menor, cuyos miembros habían empezado á llamar la atención en tiempo de Miguel III. Jorge Maniaces tomó parte en la campaña de Romano III en calidad de comandante de Teluch, y con su audacia unida á una astucia y una presencia de espíritu extraordinarias, logró destrozar completamente á una fuerte columna árabe que molestaba al ejército imperial en su vergonzosa retirada. Aquella columna tuvo que dejar en manos de Maniaces una gran parte del botín que llevaba. El emperador le recompensó con un mando superior en Samosata, desde cuyo punto pudo Maniaces reconquistar en el año 1032 la importante plaza de Edesa que conservó sofocando una rebelión peligrosa de los habitantes mahometanos apoyados por el emir de Miarfequin ó sea Martirópolis. Mas que esta conquista gustó en Constantinopla otra, á saber, la recuperación de la preciosísima é incomparable carta escrita, según se decía, por Jesucristo en persona á su contemporáneo el abgaros de Edesa.

No obstante el mal éxito de la campaña para las armas bizantinas, pusieron bajo la protección del emperador varios emires fronterizos, unos á fin de librarse del desgobernado de la corte de Bagdad, donde dominaba la soldadesca turca, y otros por no someterse á los nuevos soberanos establecidos en el Cairo; de modo que hasta el emir de Alepo hizo la paz consintiendo en pagar un tributo anual al tesoro de Constantinopla.

No por esto renunciaron los árabes á recobrar á Edesa; pero las tentativas, que hicieron en 1036 y 1038, aunque bien calculadas y dispuestas, se estrellaron, la primera contra la pericia de Constantino, hermano de Miguel IV, y la segunda contra la de Varasvatzes, natural de Georgia, que á la sazón era comandante de esta plaza importante.

Tan grande era entonces todavía la conciencia de la propia fuerza en el imperio bizantino, que la corte, aprovechando el talento militar de Maniaces, y desde 1033 los servicios del jefe noruego Harald, determinó hacer una campaña seria contra los mahometanos de Sicilia y de la costa africana que no cesaban de asolar las costas del imperio bizantino. En el año 1031 se había dado un ataque á la isla de Sicilia que el gobierno de Constantinopla estaba muy lejos de considerar definitivamente perdida, pero aquel ataque no había tenido éxito. En cambio el gobernador militar Naupacto, hijo de Nicéforo Caranteno, destruyó una grande escuadra mahometana de Sicilia con el auxilio de los habitantes de Ragusa, mientras estaba saqueando las poblaciones de la costa dálmata y griega inclusa la isla de Corfú. Furiosos de este descalabro los moros africanos y sicilianos, se lanzaron con ímpetu feroz sobre las comarcas marítimas de la Grecia y del Asia Menor; en 1034 asolaron las Cícladas y la ciudad de